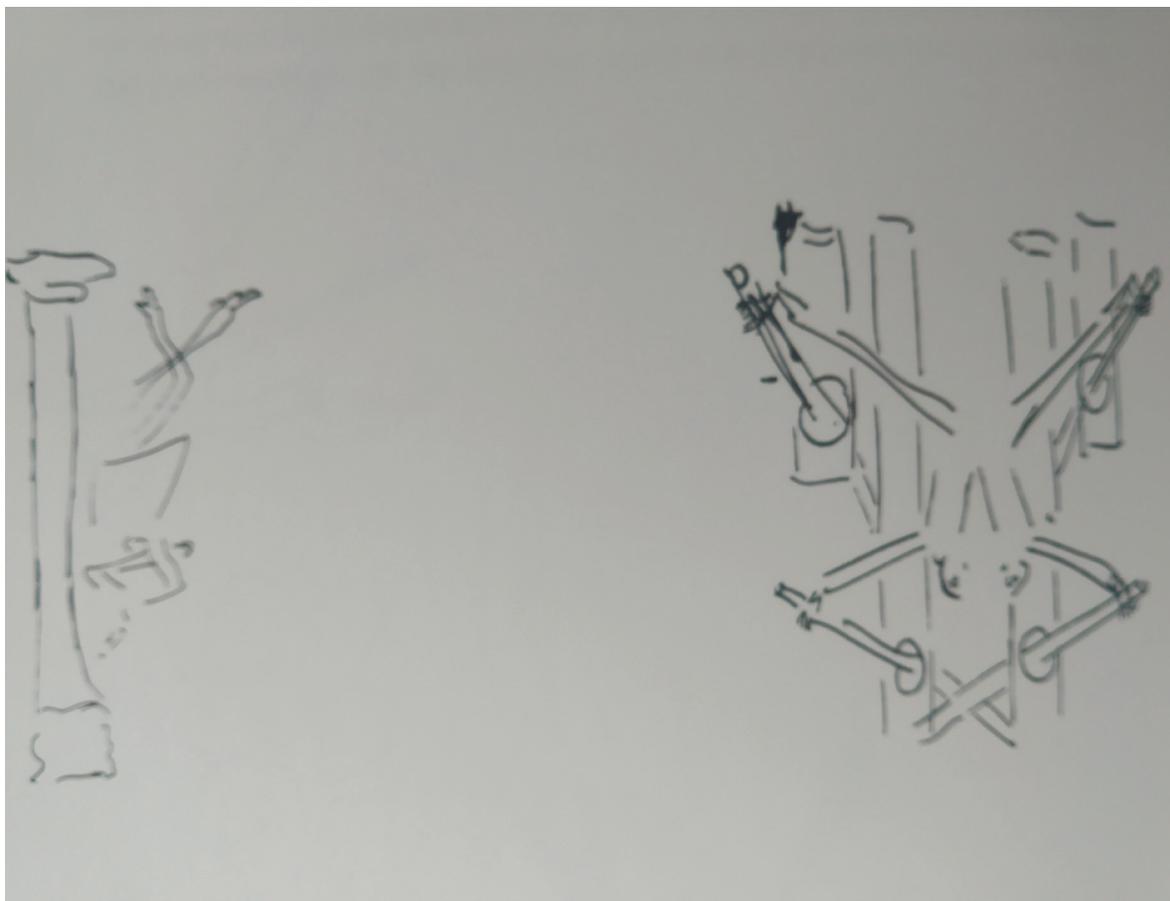


La incompletud se empareja

Selnich Vivas Hurtado



18

Doctor Frank:

Ante el caso muy poco probable de que usted no pudiera acordarse de mí en lo más mínimo, ni siquiera destacar algún detalle de mis manos, ni de la melodía de mi hablar el checo, ni del color del vestido o del encaje de una blusa y su celebración en el bosque vienés, me presento una vez más, como si esta fuera en realidad la primera y la única vez que hablemos una fren-

te al otro, sin mediaciones del lenguaje ni tapujos sociales: soy imaginadora, lectora, escritora, políglota, correctora de estilo, traductora, periodista cultural, activista social, feminista, viajera, comunista, por corto tiempo, perseguida política por los nazis y los soviéticos; hija del médico cirujano, Jan Jesenskýs, especialista en cirugía de quijada, y de la pianista Milena Hejzlarová, con quien apenas pude compartir una parte de mi infancia, huérfana de hermano Jeníček

Jesenskýs, muerto a temprana edad, sobrina de Růžena Jesenská, poeta, ensayista y novelista. Por rebeldía frente al padre, nacionalista checo, y por transgredir las normas del imperio, me enredé y me casé en desgracia y pasión juvenil con el banquero escritor, sin libros publicados, Ernst Pollak. Aquí me llaman con un número.

Soy la misma que le saludó una tarde en octubre de 1919, en un *Kaffeehaus*, tal vez el Arco, ya no recuerdo, en Praga, a donde me llevó Ernst, sin saber que yo había leído *La metamorfosis*, y ya la consideraba la obra más potente de la literatura alemana moderna, y que por eso mismo me le acerqué para contarle que me había encantado la fantasía del instante congelado en sus *Contemplaciones* y la crueldad de la obediencia humana *En la colonia penitenciaria*, y que ya había empezado a traducir al checo algunos pasajes y usted se impresionó de tal modo con mis elogios que impidió que le tomara las manos pues era frágil de corazón y en cualquier momento se dispondría, por efecto del sobrecogimiento desbordante de las virtudes nunca reconocidas a su obra, imperfecta e inútil, para muchos, entre ellos usted mismo, a huir de Praga en mi compañía a cualquier parte por lejos que fuera, Paraguay, no estaba mal, solo para escuchar mi voz diciendo que usted era un escritor como Dostoievski.

La misma que le tradujo por primera vez al checo “El fogonero”, “Ser infeliz”, “Informe para una academia”, “La condena” y “La infelicidad del solterón”. La misma que celebró su obra en un periódico cultural checo, *Tribuna*, prohibido por el imperio, cuando nadie hablaba de usted ni en Berlín, ni en Viena, ni en Praga, elevando de paso su obra a la poesía fundamental de nuestro tiempo. Decía que, citando sus

palabras, la vida es terriblemente corta y que no se entiende cómo un hombre joven se decide a cabalgar hasta el pueblo más cercano sin darse cuenta de que el tiempo no le alcanzará para dar un solo paso. Mientras usted escribía sus aforismos, *El castillo*, “El artista del ayuno” y publicaba *Un médico rural*. *Cuentos cortos*, yo provocaba, ampliaba y refutaba sus reflexiones sobre la escritura, la comunicación, la inconmensurabilidad del fracaso, gracias a mis artículos sobre la moda, la pareja, el matrimonio, la amistad, la literatura y la filosofía. “El diablo en la estufa” es el mejor ejemplo. Publicado el 18 de enero de 1923, justo cuando la tuberculosis agudizó su debilidad física y destacó su increíble capacidad creativa. El insomnio le obligaba a escribir para vivir. Allí, en mi artículo, indico, en tono esperanzador y sanador, cuál es la causa del fracaso de los matrimonios modernos. No solo la subordinación de la mujer a los designios paternos y a las fantasías de los hombres; no importa que sean rusos, checos, judíos, alemanes, austríacos. Todos quieren controlar la vida y el cuerpo de las mujeres. No solo las leyes injustas en contra de la autonomía de la mujer, que no puede libremente decidir su vida. No. Además, aparece una consideración absurda y dañina de que la gente se casa para ser feliz. Por eso mismo los matrimonios son infelices e infieles. Dos personas se casan para vivir juntas. Es así de sencillo. Vivir juntas. Porque no pueden vivir el uno sin la otra, la otra sin el uno. Si esto ya constituye una exigencia mayor para cualquier forma de organización social, un regalo impresionante y extraordinario, imagínese usted, ser capaces de compartir lo que son dos personas, cada una en sus abismos y desastres, cada una en sus sueños y sus búsquedas, entonces me pregunto: ¿por qué razón aparte de ha-

cer el esfuerzo de vivir juntas y compartir sus desgracias están obligadas, además, a ser felices?

En la filosofía, en la literatura, en las charlas de la tarde, en la prensa, todo el mundo habla del modo en que podemos alcanzar la felicidad y no hay nada más característico de la modernidad que nuestra infelicidad. No hay nada más infeliz que un matrimonio. El mío, por ejemplo, que no nació de la felicidad sino de la transgresión a una sociedad racista y excluyente. ¿Por qué Ernst y Milena debían romper la regla? Cuando le pregunté a usted por sus intentos de matrimonio, dos con Felice Bauer y uno con Julie Wohryzek, ambas de familias judías, me respondió por escrito que le temía a la pareja, no por la persona elegida, sino especialmente porque usted tenía miedo de sí mismo. Así entiendo que sus personajes masculinos, siempre los hombres son los protagonistas de sus obras, fracasen buscando la felicidad en otros, en acciones heroicas, en mujeres prometidas, en situaciones incomprensibles. El error estaba en ellos mismos que no sabían cómo convivir con sus miedos. Yo soy la misma que intentaba salvarse de sí para convivir con usted sin prometerle la felicidad. Quizá el desconcierto, la inestabilidad, la confrontación, la palabra en diálogo y en corrección, los sueños incumplidos. La vida en su más estricto sentido: movimiento, dinamismo, energía, entusiasmo, ímpetu, cambio.

Recuerdas que a pesar de tener trece años menos que tú me llamabas “Milena, la maestra”, “Madre Milena”, “Milenka” [amante, en checo]. Te sentías mi estudiante. Yo era un “tú” para ti. Tu guía y tu escucha. La lectora fiel que te seguía, traducía e interpretaba. A la persona que descalificabas llamando “niñita”, le pedías que te acom-

pañara a los encuentros furtivos por el bosque. La mujer deseada a la que le escribías una carta en la noche, otra en la madrugada, otra en la mañana y le exigías que respondiera con la misma velocidad, aun en medio de los estrictos controles de frontera que bloqueaban el servicio de correo. Luego, varias veces en una misma semana, le exigías que no te volviera a escribir, porque escribir hacía daño. Nunca supe cómo entenderte, Frank. Nadie puede hablar libremente en tu presencia ni por carta. Pienso en Felice, Julie y Dora Diamant y supongo que todas sufrieron el distanciamiento que acerca, la caricia que despide. “Qué sería yo, si tú no existieras”, les decías, me decías, al tiempo que te escondías en nuevas aventuras y en respuestas crueles. Qué era eso del amor de lo que tanto hablabas, me pregunto ahora. Casi me atrevo a traicionarme y a darte la razón cuando me escribías: “Tal vez no sea realmente amor lo que siento cuando digo que eres para mí lo más amado; el amor es que seas el cuchillo con el que hurgo dentro de mí”. ¡Vaya qué coquetería sádica! ¿Se habla así cuando las fuerzas ya no alcanzan para respirar? ¿Se siente, la vida, en su más alta brutalidad cuando se han alcanzado los límites terrestres de la existencia? Te doy la razón. No era para ser felices que jugábamos a decirnos que deberíamos vivir juntos; era para taladrar cada vez más hondo en nuestras culpas y desgracias. Era para demostrar que la forma más sublime de la felicidad es el fracaso. Dos que se aman son montones de reproches, quejas, remordimientos y frustraciones. Si se acepta esa imposibilidad para fabricar el ideal, no hay duda de que los cuchillos son la mejor expresión del coito. El amor que nos prometíamos no era dulce, ni amargo, ni ácido; era doloroso y desgarrador, pues aspiraba al autoexamen, a la radiografía de huesos y músculos, a la revelación del propio abismo. Ese egoísta,



controlador, autoritario, desconfiado, irascible y reactivo.

El 14 de septiembre de 1920 me presentaste la teoría de la incompletud. Te parecía que los humanos son por naturaleza imperfectos. No apenas por la repugnancia de sus actos o por el impulso de sus miedos. También por su predisposición a una limitación espiritual. A cada momento, cada persona debe soportar su fracaso al no poder llenar su vacío esencial. “Es una exageración y una mentira”, me escribías. Todo es una mentira. Solo el anhelo de completarnos algún día, de estar en equilibrio, de ser perfectos, es verdad y es auténtico. Lo otro es siempre una exageración. ¿Pero puede parecer una idea retorcida que hombres y mujeres, yo agregaría modernos, esos que buscan demasiado y quieren tener demasiado, no sean capaces de superar su estado

de engaño? Llenos de vacío buscan cosas y seres para ocultarlo, para ampliarlo de tal modo que se vuelva imperceptible. Lo más ridículo del amor en pareja es que la “incompletud en pareja no tiene por qué ser soportada”. Ya es suficiente con la propia como para asumir una ajena, por más que se le llame a esto amor. La incompletud en pareja puede derivar en un malentendido si se insiste en que debemos cargar con las culpas y los traumas del otro, de la otra. Aquí más bien, decías, se trata de asumir que cada uno vive su propia porquería. Al amado no se le arrastra hacia la porquería de uno; todo lo contrario, se aprende a evitar que eso pase, se aprende a controlar la caída, la furia, el horror, por respeto del ser amado. Se trata de hacerse más consciente del horror propio que transmitimos en presencia del amado, para que sea cada vez menos contagioso.

En estos días, encerrada y degradada al lado de miles de mujeres, siento, como usted, que no se vale hacer esperar a una persona ante la muerte. Acudo a usted para pedirle que me llame, aunque sé que usted mismo se ha prohibido esa posibilidad. Ahora sus ocupaciones son mis ocupaciones. Y me divierte, sin pánico, recordar ese dibujo que me envió a propósito de la crueldad humana. ¿Se acuerda? Dos figuras. El inventor de un aparato, observando complacido, igual que el oficial de *En la colonia penitenciaria*, al condenado que está amarrado de pies y manos a cuatro postes y dos travesaños. A medida que los travesaños se mueven hacia un lado el cuerpo del “delincuente” se estira hasta que se desgarrar por la mitad. Usted decía que no era un invento novedoso. Que era una copia del invento utilizado por el carnicero para destazar cerdos. Tenía la razón, pero su dibujo, pero su cuento, sí que eran una innovación, pues a pocos años yo misma me iba a encontrar metida en ese armatoste. Aquí desgarrada en mil pedazos me acuerdo del dolor que el macho Kafka provocó en mí y en todas mis antecesoras; del dolor que la sociedad prodigó a mi tía y a mi madre; de mi casera, la señora Kohler, siempre sola, sin familia, porque su marido, un jovencito, fue asesinado en la guerra y ella decidió cerrar su corazón a ilusiones pasajeras para blindarse de la pareja y de la familia; de Jarmila, mi compañera de escuela, y sus miedos a ser madre; de Staša y su inquebrantable disciplina en la oficina. Cómo no ser esas mujeres y las miles que mueren en este campo de exterminio si ya tú me habías dibujado la escena perfecta, carta a carta me la habías diagnosticado. Una incompletud completada a gusto y magistralmente hasta el horror inaguantable fue nuestra fiel y devota entrega a la obra que habíamos visionado. Dos que se amaban en su propia porquería sin perder-

se una pizca de la ajena. Dos que sabían lo que vendría en cada nueva guerra. Una sociedad que legitimaba la crueldad por nacionalismos, racismos, religiones e ideologías. Eso dije cuando te fuiste. Que tu obra se expresaba en palabras “verdaderas, desnudas y dolorosas, de tal manera que incluso donde se expresan simbólicamente, son casi naturalistas”. Lo tuyo era la burla al horror venidero, el sarcasmo a una realidad embrutecida, a las excusas de la razón y del inconsciente. Eras, como yo ahora, una persona que había visto el mundo tan claramente que no podía soportarlo y pedía morir, lo antes posible. Pido, señor Franz Kafka, que no vuelva a escribir porque sus libros hacen daño, me enseñan a reírme de mis travesuras y a desconfiar de la especie humana. Todos sus libros informan sobre el horror de un malentendido misterioso, de la culpa involuntaria de los humanos que sin saber cómo son capaces de destruir la vida con una sonrisa tierna. Prométame que abrirá la puerta de esa habitación que usted me inventó para dejarme por fuera de su vida.

Milena Jesenská

Campo de Concentración Ravensbrück,

16 de mayo de 1944, 11:50 pm., sin lápiz ni papel

Selnich Vivas Hurtado es compilador y traductor de la obra *Franz Kafka. Microcuentos y dibujos* publicada por la Editorial Universidad de Antioquia en 2010. Autor de la tesis doctoral “K. migriert” (Universidad de Freiburg, Alemania, 2007) en donde explora las relaciones entre las literaturas colombianas y la obra de Kafka. Este ejercicio hace parte del proyecto de aula “Respuestas de Milena a Franz” del curso Literatura europea siglos xx y xxi, Facultad de Comunicaciones y Filología, 2024-I.